

Además, incluso entre los funcionarios subalternos, era preciso al menos saber leer y escribir para llevar las cuentas del peaje. Lo mismo en las aldeas, para el registro de las *gesta municipalia*.

Hay que reconocer que había en todo el territorio y a todos los niveles un considerable número de *notarii* para tratar el derecho romano o romanizado con su procedimiento escrito, la consigna de los juicios, de los contratos, de los testamentos. Y, en su gran mayoría, estos *notarii* son laicos.

A ello se añaden las necesidades económicas. Los mercaderes que se dedicaban al comercio, a veces a larga distancia, no habrían podido mantenerse sin un mínimo de instrucción. Y sabemos que los mercaderes tenían numerosos empleados «letrados».

En la época merovingia, pues, la escritura resulta indispensable para muchos laicos y se emplea la cursiva romana, escritura rápida, escritura de negocios y en absoluto caligráfica.

Evidentemente, tal como destaca H. Pirenne, hacían falta escuelas para formar a este personal¹³. Pero estas escuelas laicas, cuya existencia se adivina sin poder precisarla, entran poco a poco en decadencia bajo la influencia de la degradación de la sociedad merovingia provocada por la contracción del comercio. Se ven compensadas en parte por las escuelas religiosas que se crean junto a las iglesias y los monasterios, y que conocerán, en la época siguiente, un considerable desarrollo.

2. LA ELABORACIÓN DE LA DOCTRINA EDUCACIONAL

a) San Agustín

El pensamiento pedagógico de la Edad Media toma su punto de partida y su inspiración en la amplia síntesis filosófica elaborada

¹³ Riché, P., *op. cit.*, ha discutido esta tesis de Pirenne. Es cierto que los textos no nos permiten probar demasiado la existencia de escuelas laicas a partir del siglo v. Pero es imprudente, partiendo de los hechos citados, inferir esta existencia con una certeza mayor que la negativa, tal como lo sugiere la pobreza de textos. Además, Riché reconoce que la aristocracia merovingia tenía sed de cultura intelectual. A esta necesidad habían de corresponder unos medios para satisfacerla.

por el genio de san Agustín. Se especulará sobre sus tesis con un rigor que podrá variar según los momentos y las circunstancias, pero, en conjunto, se mantendrá la fidelidad a las directrices que implica o sugiere.

En el plano pedagógico¹⁴ san Agustín se sitúa en la línea de los padres orientales que, como Clemente de Alejandría, Orígenes y san Basilio, ponen en evidencia la importancia de la filosofía griega para la comprensión de la fe cristiana y como base de toda especulación teológica. Después de san Pablo, es san Agustín quien ha contribuido más que nadie a esta evolución del cristianismo que parte de una regla de vida para convertirse en una filosofía organizada. Del mismo modo que, tal como se afirma en *La Ciudad de Dios*, todos los esfuerzos humanos realizados por los pensadores paganos sólo encuentran su realización y su plenitud en la idea cristiana de la gracia divina, también a la educación pagana se la ha de considerar como un prolegómeno indispensable para la comprensión de las verdades cristianas. San Agustín elabora de esta forma el programa de un humanismo cristiano basado en la unidad de toda verdad, ya que toda verdad es de origen divino. De todas formas se impone una precaución: conviene separar la verdad eterna y auténtica de las verdades circunstanciales, superficiales y aparentes de los textos antiguos. Las artes liberales siguen siendo un útil indispensable, a condición de separar cuidadosamente los errores morales, los prejuicios filosóficos y darles una significación pedagógica positiva más alta inspirada en el ideal cristiano. En *De doctrina christiana*¹⁵ escribe: «El hecho de atribuir la invención de la escritura a Mercurio no es una razón suficiente para abstenerse de aprenderla. Igualmente, no debemos renunciar a la justicia y a la virtud porque los paganos han erigido templos a la justicia y a la virtud, y han adorado en las piedras aquello que ha de quedar fijado en los corazones. En cambio, todo buen y auténtico cristiano comprenderá que la verdad, dondequiera que se halle, pertenece al Señor». Y dentro de esta perspectiva pedirá a los especialistas que trabajen de nuevo el programa escolar de la Antigüedad, a lo que se

¹⁴ Würh, W., *Das Abendländische Bildungswesen in Mittelalter*, págs. 20 y sigs., Ehrenwirth, Munich, 1950.

¹⁵ II, 28; *Florilegium Patristicum*, 24, Bonn, 1930.

consagrarán los monjes y los grandes enciclopedistas de la alta Edad Media.

Para responder a este esfuerzo de pensamiento, san Agustín crea un tipo de escuela que venga a cubrir las necesidades de la formación de los sacerdotes. Ante la óptica así formulada y ante las nuevas necesidades de un cristianismo que afirma su personalidad, ya no podía contentarse con una formación profesional basada únicamente en la vida pastoral y litúrgica; era preciso prever una iniciación original a las «artes liberales» como propedéutica de una teología cuyas exigencias se han elevado al nivel de una dialéctica y de una doctrina metafísica perfectamente estructurada. Además, la predilección de san Agustín por la vida comunitaria lo lleva a crear, en la sede de su obispado, una especie de seminario para sacerdotes (*monasterium clericorum*) en el que pide a los clérigos que están en relación con él que vivan juntos según reglas fijas (las reglas denominadas agustinas), tal como había hecho, antes que él, el obispo Eusebio de Vercelis (37 dC).

Esta síntesis de la escuela episcopal y del canonicato sacerdotal fue la primera forma de lo que habría de ser más tarde la escuela catedral. Junto a las enseñanzas prácticas sobre liturgia y deberes pastorales, a los contactos didácticos con el obispo según la costumbre de los primeros tiempos del cristianismo, se daban clases sistemáticas de una gran altura filosófica y doctrinal. Su materia y su forma eran las de las artes liberales y llevaban a una sistematización teológica de la enseñanza de la fe y de la ética cristianas. Después, se abordaba la lectura y la explicación de las Sagradas Escrituras. Cabe insistir en el hecho que la conciliación de los dos puntos de vista, el pagano y el cristiano, estaba ampliamente facilitado por el recurso a la interpretación alegórica. Se trata de un método de interpretación muy característico, que dominará toda la dialéctica medieval y del que todavía perduran algunas aplicaciones¹⁶.

La alegoría y el símbolo se aplicarán también a las ciencias naturales. Dado que Dios ha creado todas las cosas y que todas las cosas son la expresión del plan divino, a las piedras, las plantas y los animales se les considera como portadores, en sus formas corpo-

¹⁶ Conybeare, F. C., *History of New Testament Criticism*, pág. 14, Putnam, 1910; y Taylor, *The Medieval Mind*, I, 76-77.

rales, de verdades sagradas y de valores espirituales. Taylor cita numerosos ejemplos sacados del *Fisiólogo*, una obra de historia natural muy extendida en la Edad Media. Por ejemplo: cuando el león anda y corre, borra con su cola las huellas de sus pasos para que el cazador no pueda hallarlo. Esto significa el secreto de la Encarnación del León en la tribu de Judás.

Paralelamente, las artes liberales debían someterse al mismo método de interpretación. Por ejemplo, si los verbos tienen tres personas es porque hay tres personas en Dios; las siete artes liberales serán la imagen de las siete columnas de la sabiduría, de las siete virtudes capitales.

En conclusión, podemos decir que con san Agustín tenemos, tanto en el plano de la doctrina como en el plano de las implicaciones pedagógicas teóricas y prácticas, lo esencial de lo que será la escuela a través de toda la alta Edad Media. Los principios establecidos se explotarán, precisarán y completarán, por una parte, por el monaquismo occidental, que se consagrará cada vez más a las tareas educacionales; por otra parte, por los grandes enciclopedistas, que transmitirán a la Edad Media las riquezas de la Antigüedad que sean asimilables por esta nueva sociedad.

b) *El monaquismo occidental*

Junto a la escuela episcopal de san Agustín aparece pronto la escuela claustral benedictina.

El ideal supraterrrestre del cristianismo encuentra su expresión más espectacular y más activa en el monaquismo, este vasto movimiento en el que miles de individuos, hombres y mujeres, huyen del mundo para retirarse en la seguridad física y moral del claustro. En este refugio lleva una vida de ascetismo extremado que, al rechazar los peligros y llamadas del mundo terrestre, les ha de permitir ganar el cielo por los caminos de una pura espiritualidad. Monaquismo y ascetismo existían en los cultos orientales más de mil años antes de que los ascetas cristianos empiecen a huir hacia el desierto. El monaquismo cristiano evoluciona de la vida eremítica hacia la vida cenobítica, bajo la influencia de san Basilio sobre todo (371 dC), al mismo tiempo que asume cada vez más las tareas espirituales, sociales y educativas. En poco tiempo el movimiento